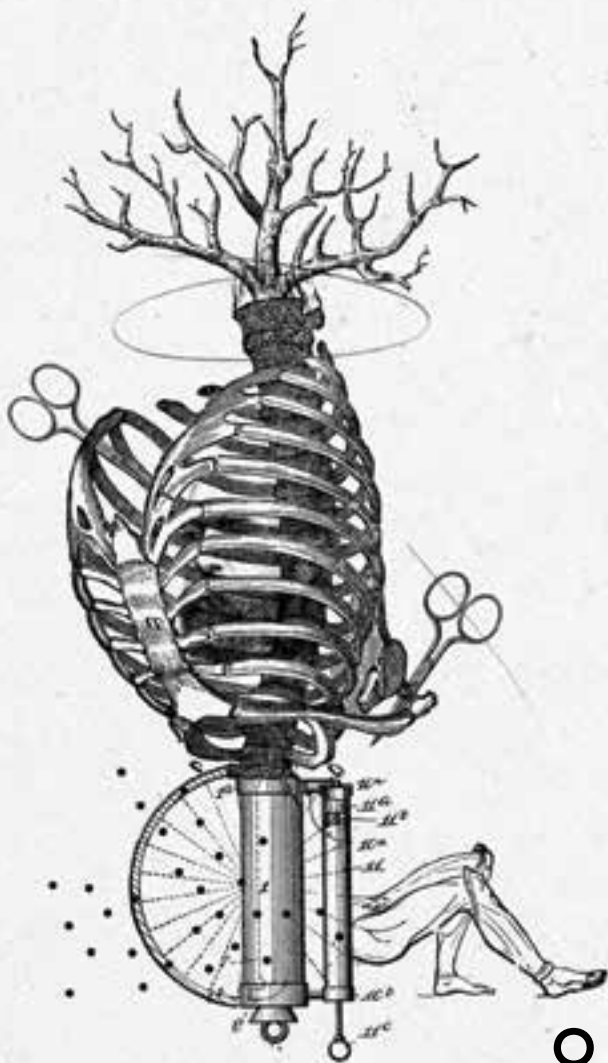


# k á p l a n

Fernando Vérkell



# Índice

## **Primera parte**

1 .....	11
2 .....	13
3 .....	15
4 .....	19
5 .....	21
6 .....	25
7 .....	31
8 .....	33
9 .....	35
10 .....	39
11 .....	41
12 .....	47
13 .....	51
14 .....	53
15 .....	55
16 .....	57
17 .....	59

## **Segunda parte**

1 .....	63
2 .....	65

3 .....	67
4 .....	69
5 .....	71
6 .....	75
7 .....	77
8 .....	79
9 .....	81
10 .....	85
11 .....	89
12 .....	91
13 .....	93
14 .....	95
15 .....	97
16 .....	99
17 .....	101
18 .....	103

## **Epílogo**

1 .....	107
2 .....	109

«La vida de ciertos hombres no contiene nada de interés,  
excepto aquello que no debería ser contado».

*Ada Lovelace*

## **Primera parte**

# 1

—¡Carajo!, se suponía que no había nadie en casa —dijo la Muerte—. Sentí hambre y quise prepararme un sándwich. Vaya, esto es incómodo —se rascó la cabeza—. Bueno, ya que estás aquí, muchacho, ¿dónde guarda tu mamá la mantequilla?

11

Minutos antes, Káplan había oído ruidos en la cocina y, sin pensarlo demasiado, saltó de la cama, cogió su bate de béisbol, respiró profundamente y decidió enfrentar al ratón o a los intrusos. «Papá me ha dejado a cargo; ya soy un hombre, puedo con esto», pensó.

Contuvo la respiración y abrió la puerta con cuidado. Alzó el bate en la penumbra y, cuando se disponía a empezar la batalla, vio la figura indiscutible de la Muerte ahí, en la cocina.

Se congeló de miedo. No era para menos. Ninguna novela fantástica, disco de *rock* o película *gore* te prepara para ver a la Muerte robándose tu sándwich.

La Muerte no advirtió su presencia hasta que abrió la puerta del refrigerador para buscar el jamón, y su luz proyectó la sombra aterrada del chico.

—Se suponía que no había nadie en casa.

«Genial, hasta para la Muerte soy transparente», pensó Káplan. Sin soltar el bate, pero con la guardia baja, dijo con voz temblorosa:

—Sí, mi padre y su esposa salieron de viaje, intentan recuperar su matrimonio... algo así. No sé dónde está la mantequilla. Si viene por papá y quiere hacerle preguntas o hablar con él, debe hacer cita.

12 Con la cabeza metida en la alacena, la Muerte respondió:

—No, vengo por el perro, ¿cómo se llamaba?, ¿Matahari?, ¿Mozambique?, algo que empezaba con M... No sé, no puedo pensar con claridad si estoy hambriento.

La Muerte se detuvo al encontrar la mantequilla y sonrió. Luego se dedicó a untarla cuidadosamente sobre el pan.

—Arriba, abajo, a un lado y al otro —dijo alegremente en voz baja—. Muchacho, esto es lo que llamo un buen sándwich —dijo mientras mascaba a dos carrillos—. No como desde hace siglos.

Káplan, el protagonista de esta historia, era un muchacho más corriente que común. Solía decir que era un bicho raro en un planeta de bichos.

Leía novelas y relatos fantásticos; le gustaban especialmente los números de la colección de *La biblioteca de Babel*<sup>1</sup>, que se podían conseguir por un par de billetes en la avenida Libertad.

Uno de sus libros preferidos era *La nariz*: la historia de un hombre que, al despertar, descubre que se ha quedado sin nariz, sin saber por qué; y dicha nariz anda por la calle, uniformada, paseándose en un carruaje... pero es probable que haya sido una invención de Káplan<sup>2</sup>.

No entendía el ajedrez ni el sudoku, pero era bueno con las damas chinas y el solitario. Era el tercer portero del equipo de fútbol.

---

1 *La Biblioteca de Babel fue una colección de treinta y tres libros, de diversos autores, publicada entre 1983 y 1987. Fue dirigida por el escritor argentino Jorge Luis Borges.*

2 No. *La nariz es un relato de Nikolái Gógol, escritor ruso.*



Káplan era un estudiante promedio que se aburría fácilmente. Tenía aptitud para los números, pero pésima caligrafía. «Tu letra es tan mala que ni en la farmacia podrían descifrar tus apuntes», le decía su padre. «Ahora haz planas, esa letra no puede continuar así». No funcionaba: cien planas después, la letra seguía tan ilegible como antes. Ya se habían dado por vencidos.

Káplan, su padre y Vitória, su madrastra, durante la cena, casi a diario, comían con la vista fija en el plato, en silencio y apresuradamente, como en esas competencias de perritos calientes. Después daban gracias y se dirigían a su habitación, la computadora o la sala de estar. La televisión siempre estaba encendida.

Káplan y su familia vivían en un modesto apartamento en el octavo piso del bloque 7A, tan decepcionante como la Troya verdadera. Su único lujo era un balcón que ofrecía una vista triste hacia un muro descolorido y agrietado. Los acompañaba un perro casi prehistórico llamado Matusalén.

Podríamos decir que llevaba una vida bastante normal si uno es un chico anónimo.

Antes de esta historia, su vida transcurría sin demasiados sobresaltos. Antes de esta historia nadie se molestaba en preguntarle a Káplan si se sentía bien. Es más, antes de esta historia nadie se molestaba en preguntarle a Káplan nada de nada.